

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER GODÓ,
CONDE DE GODÓ

Director:
José Antich

Vicedirector:
Alfredo Abián

Directores adjuntos:
Enric Juliana
Álex Rodríguez

Subdirectores:
María Dolores García
Miquel Molina
Manel Pérez
José Alberola (Arte)

Redactores jefes: Enric Sierra (Web), David González y Llàtzer Moix (Adjuntos al Director), Joaquín Luna (Internacional), Jordi Barbeta (Política), Susana Quadrado (Tendencias y Vivir), Ignacio Orovio (Cultura), Dagoberto Escorcía (Deportes), Ramon Aymerich (Economía), Celeste López (Redacción Madrid), Mariàngel Alcázar (Casa Real), Jaime Serra (Infografía e Ilustración), Albert Aymamí (Fotografía), Núria García Arenas (Diseño), Fèlix Badia (Magazine y Es) y Magí Camps (Edición).

Secciones: Elisenda Vallejo (Internacional), Isabel Garcia Pagan (Política), Pau Baquero (Opinión), Rosa M. Bosch (Tendencias), Ramon Suñé (Vivir), Juan B. Martínez (Deportes), Dolors Álvarez (Economía), Miquel Villagrasa (Gente), Cristina Gallego (Fotografía), Francesc Puig (Diseño) y Albert Molins (Producción).

Consejeros de Dirección: Jaime Arias y Josep Maria Sòria.

Incertidumbre y esperanza

XI Jinping se convirtió en el 2012 en el nuevo hombre fuerte de China, la gran potencia emergente cuya economía crecerá en el 2013 más del 8%. Durante un decenio, Xi Jinping regirá el destino de un país poderoso pero desequilibrado social y territorialmente, sujeto a los vaivenes económicos globales, enrolado en una carrera armamentista y en otra por la obtención de recursos naturales en varios continentes. Este nuevo liderazgo chino es un hecho clave en la escena internacional del 2012, aunque el signo y el alcance de las reformas de Xi, que asumirá la presidencia en marzo, son inciertos.

Barack Obama logró el 6 de noviembre un segundo mandato presidencial en Estados Unidos, aupado por la tímida recuperación económica, sus políticas sociales y también, aunque involuntariamente, por un Partido Republicano más doctrinario que pragmático, de escasa sintonía con las decisivas minorías negra o hispana. Consciente de la pujanza china, Obama ha desplazado al Pacífico el eje principal de su política exterior. Allí deberá proteger –también templar– a aliados como Japón, cuyo flamante *premier*, el nacionalista conservador Shinzo Abe, atiza el litigio por las islas Senkaku, de soberanía japonesa pero ubicadas no muy lejos de Shanghai. Debido a estas y otras fricciones soplan vientos de guerra fría en el mar de China que podrían degenerar en conflictos globales.

Ahora bien, en el 2012 la más preocupante herida abierta del mundo ha sido la de Oriente Medio y el norte de África. El pulso entre Irán, que sigue con su programa atómico, e Israel ha durado todo el año y ha tenido su eco en episodios como el conflicto de Israel con la Gaza de Hamas. Pero la negativa de EE.UU., escarmentado por sus aventuras bélicas en Iraq y Afganistán, a desplegar tropas propias en otros escenarios remotos, así como su preferencia por las sanciones económicas, han relajado en parte la tensión.

Todo ello ha venido acompañado en el norte de África de cambios importantes. Las brechas originadas por la *primavera árabe* han evolucionado a distinto rit-

mo. La más profunda y sangrante ha sido la de Siria, país sumido en un conflicto que ha causado ya más de 40.000 muertos, la mayoría civiles. Y los intereses contrapuestos –de Rusia o del eje suní de Turquía, Arabia Saudí y demás– encierran gran potencial explosivo.

Al tiempo, otros países de la *primavera árabe* han ido a las urnas. En Libia triunfaron los laicos, pero las victorias de Mohamed Morsi en Egipto y de los islamistas moderados de Enahda en Túnez evidencian el arraigo de estas fuerzas en el área. Y eso nos aboca a una serie de test decisivos sobre la vocación democrática –o el celo teocrático– de los partidos islamistas.

La constante expansión de China, la reválida de las políticas económicas y sociales de Obama e incluso las transformaciones de todavía impredecible futuro registradas en Oriente Medio y el norte de África contrastan con el empantanado proceso de integración de la Unión Europea. El Viejo Continente se ha visto contra las cuerdas, azotado por la crisis económica, dividido entre las recetas de austeridad impuestas por los países del norte, que inspira la canciller alemana, Angela Merkel, y las de estímulo reclamadas por los países del sur, entre los que se cuenta España. Durante meses circularon profusamente los rumores de ruptura del euro, todavía no desvanecidos por completo.

Lo cual no significa que todo hayan sido malas noticias. “Haremos lo necesario para salvar el euro, y será suficiente”, aseguró en julio el italiano Mario Draghi. Su papel al frente del Banco Central Europeo ha sido decisivo, porque ha sabido comprender las exigencias del norte sin ignorar la capacidad real de maniobra del sur, emitiendo en momentos cruciales mensajes que han permitido conservar la esperanza.

Alentar una Europa fuerte y solidaria, capaz de desarrollar la democracia, sigue siendo un deseo extendido en el Viejo Continente, pese al euroescepticismo británico o la avidez de los mercados. Extendido y muy pertinente, en particular cuando vecinos de peso como Rusia han exhibido sin rubor su deriva autoritaria bajo la férula de Putin, que en el 2012 volvió a la presidencia.

Los nuevos emigrantes

EN su mensaje de Navidad, el Rey hizo una referencia directa al “sacrificio de todos los españoles que dejan ahora nuestro país para conseguir mejores condiciones de vida para ellos y sus familias”. Esta alusión equivalió a un reconocimiento en toda regla de que España vuelve a ser un país de emigrantes. No de inmigrantes, como ha sido durante los dos últimos decenios, al recibir a cientos de miles de latinoamericanos, norteafricanos o europeos; sino de emigrantes que dejan España, rumbo a EE.UU., el Reino Unido, Francia o Alemania, en pos del sustento que la crisis les ha negado en su país.

Este reconocimiento es bienvenido, como cualquier otro que no enmascare la realidad. En particular, después de que Marina del Corral, secretaria de Estado de Inmigración y Emigración, pronunciara unas sonrojantes declaraciones, hace un mes, en las que atribuía la partida de decenas de miles de jóvenes españoles, vícti-

mas del paro, a su “espíritu aventurero”. Las dimensiones de la nueva emigración española son lo suficientemente grandes como para evitar cualquier análisis de tamaño frivolidad. Del 2008 al 2010, el primer trienio de la crisis, el número de emigrantes se mantuvo alrededor de los 25.000 anuales. Pero en el 2011 saltó a casi 38.000. Y en el 2012 podría situarse sobre los 50.000.

La historia –suele decirse– se repite. A grandes rasgos, eso puede ser cierto. Pero conviene distinguir los matices. El franquismo apreciaba mucho las remesas de divisas que remitían los emigrantes españoles, por lo general poco cualificados, y no tenía prisa por verlos regresar. Ahora es distinto. Ahora son titulados, y la Constitución insta al Estado a velar por su retorno. Como muy bien dijo el Rey, “la experiencia y la preparación [de aquellos que hoy emigran] constituirán a su regreso un importantísimo efecto dinamizador de nuestra economía”. Que así sea. Y cuanto antes, mejor.

Màrius Carol



La economía de la felicidad

En su último libro, el profesor Albert Figueras (*Pura felicidad*) plantea una pregunta que mucha gente se hace y que, a las puertas de un año que se anuncia complicado (uno más), parece oportuna: ¿pero cómo se puede hablar de felicidad con la que está cayendo? La formulación del interrogante parece conllevar la respuesta, pero en realidad es un intento de responder que puede haber vida feliz más allá de las renuncias de la crisis. Pero no es menos cierto que la difícil situación económica por la que muchas personas atraviesan condiciona su autoestima, su realización y sus expectativas. Y, en ocasiones, las pone en situaciones de desesperación, donde el término felicidad parece, más que una paradoja, casi una ofensa.

La cultura judeocristiana ha intentado abundar en la concepción de que el dinero, o en su caso el oro, no proporciona la felicidad, e incluso un prestigioso economista de la Universidad del Sur de California, Richard Easterlin, negó que el crecimiento económico mejorara la felicidad humana, dando lugar a la aparición de una co-

Easterlin negó que tener más nos hiciera más felices, pero estudios recientes lo matizan

rriente: la economía del bienestar. Sin embargo, ha habido estudios que cuestionan sus trabajos. Por ejemplo, Casey Boyd-Swan y Chris Herbst (Universidad Estatal de Arizona) acaban de publicar un estudio sobre la relación entre el bienestar subjetivo y el precio de la gasolina en EE.UU., que demuestra que el aumento del galón de crudo reduce la sensación de felicidad, al producir el llamado efecto de ansiedad financiera, que hace que la gente cambie sus hábitos (se quedan más en casa, recortan sus vacaciones).

Figueras aporta la experimentación de Carol Graham, de la Universidad de Maryland y autora del libro *Felicidad alrededor del mundo*, donde expone que los países ricos son más felices que los pobres, por tanto, parece que la dicha aumenta con los ingresos, al menos hasta cierto punto. Como la conclusión de su estudio le parece arriesgada, matiza que el bienestar subjetivo es sorprendentemente alto en algunos países muy pobres. De ahí que advierta que la interpretación de la felicidad está mediatizada por la propia cultura y por el ansia de acceso a bienes materiales. Dicho de otro modo, un nigeriano responde al estudio no pensando en cómo viven en Francia o EE.UU., sino cómo lo hacen en su propio país y en función de otras valoraciones que no son estrictamente económicas. Sin embargo, incluso entre los propios nigerianos se sienten mejor aquellos que disponen de mayor nivel adquisitivo.

El dinero no da la felicidad, pero ayuda a sentar unas bases para conseguirla. Varias investigaciones coinciden en que una vez alcanzado un nivel económico suficiente, este resulta poco relevante. Tampoco es una novedad: hace veinticinco siglos, Aristóteles ya advirtió que la felicidad es de los que se bastan a sí mismos. Y lo descubrió sin hacer encuestas.●